

EL ESPEJISMO VASQUISTA. LA CONVERGENCIA DEL PSE Y EE (1992-1994)¹

Gaizka Fernández Soldevilla
IES Marqués de Manzanedo

Rafael Leonisio Calvo
Universidad del País Vasco

Introducción

Desde finales del siglo XX el estudio del pasado reciente ha sido uno de los ámbitos en expansión de la historiografía española. No así de la vasca, que ha tardado en acercarse a este campo. El hueco que habían dejado los historiadores fue ocupado por las ciencias sociales y el periodismo, pero también por la literatura sesgada, militante y panfletaria del entorno intelectual de la «izquierda abertzale» (patriota), la cual se ha dedicado a amoldar los acontecimientos a los estrechos márgenes de su particular narrativa: un secular conflicto étnico entre vascos y españoles. Dicho relato ha tenido eco en una porción de la población del resto de España, que no contaba con la posibilidad de contrastar la propaganda con obras rigurosas. Por fortuna, últimamente no pocos historiadores veteranos han venido acercándose al pasado reciente de Euskadi, mientras hacia su aparición una nueva generación de historiadores, sociólogos y polítólogos interesada en indagar en nuestro pasado reciente.²

En lo que respecta a la historia política las investigaciones sobre el tardofranquismo, la Transición y la etapa democrática se han centrado en una de las tres culturas políticas del País Vasco, nacionalista, mientras que las otras grandes corrientes han recibido una desigual atención.

Si bien apenas hay trabajos sobre las derechas vascas, gracias a la colaboración entre la universidad y una serie de fundaciones se han publicado interesantes novedades sobre el PSE, Partido Socialista de Euskadi: *Euskadi socialista* (2009) de Andrea Micciché, *El sindicalismo socialista en Euskadi* (2013) de Manuela Aroca y la obra colectiva *Rojo esperanza* (2013) de Raúl López Romo, María Losada y Carlos Carnicero.³

Siguiendo su estela y sintetizando algunas de las ideas que hemos desarrollado en nuestras tesis doctorales,⁴ el presente artículo analiza la problemática trayectoria de las izquierdas vascas a principios de los años noventa. Más concretamente nos centramos en las causas, el desarrollo y las consecuencias de un importante acontecimiento político: la unificación en 1993 del PSE, la formación más longeva de la comunidad, que provenía de la izquierda obrera tradicional, y EE, *Euskadiko Ezkerra* (Izquierda de Euskadi), una fuerza nacionalista cuyos orígenes se remontaban a ETA, *Euskadi ta Askatasuna* (País Vasco y Libertad).

Conviene citar los motivos por los que aquella unificación resulta tan llamativa. En primer lugar, se trató del complicado intento de aunar en una sola organización a dos culturas políticas históricamente enfrentadas, la socialista y la abertzale, en sus versiones más democráticas. En segundo término, supuso el abandono colecti-

vo del campo nacionalista vasco por parte de los *euskadikos*, lo que les convirtió en «traidores» a ojos del PNV de Xabier Arzalluz. Tercero, exceptuando las abortadas negociaciones para formar un Gobierno vasco transversal en 1986, fue la única ocasión en la que los socialistas vascos amenazaron la primacía institucional del PNV, objetivo que no culminaron hasta la elección de Patxi López como *lehendakari* en 2009.

Por último, es necesario señalar que este artículo está escrito desde los complementarios puntos de vista de la historia política, la sociología electoral y la ciencia política. En nuestra opinión, la mirada a través de un prisma multidisciplinar nos permite comprender e interpretar de una forma más rica un fenómeno tan complejo como el que nos ocupa.

Diferencias irreconciliables. La crisis de Euskadiko Ezkerra

Siguiendo el plan bosquejado por Eduardo Moreno Bergaretxe (*Pertur*), en 1976 ETApm, ETA político-militar, creó EIA, *Euskal Iraultzarako Alderdia* (Partido para la Revolución Vasca). Se trataba de una formación que pretendía imitar el patrón bolchevique para erigirse en la vanguardia dirigente del nacionalismo vasco radical. Al contrario que el otro sector de la «izquierda abertzale», que giraba en la órbita de ETAm, ETA militar, EIA participó en las elecciones de 1977 en coalición con el Movimiento Comunista y algunos independientes. Sus candidaturas, denominadas *Euskadiko Ezkerra*, lograron un diputado y un senador.⁵

Bajo la dirección de su secretario general Mario Onaindia⁶ y del parlamentario Juan Mari Bandrés, el partido experimentó una transición dentro de la Transición. Así, pasó del marxismo-leninismo al socialismo, del independentismo al autonomismo y de una relación de interdependencia con ETApm al rechazo del terrorismo. En síntesis, EE se democratizó, adoptando una versión heterodoxa del nacionalismo vasco: no aranista, autonomista, progresista e integradora.⁷ Esta secularización

de la religión de la patria permitió que en 1982 EIA convergiera con la tendencia vasquista⁸ del Partido Comunista de Euskadi, encabezada por Roberto Lertxundi, para dar lugar a una nueva *Euskadiko Eskerra*. Onaindia llegó a insinuar que la siguiente fusión sería con el PSE, pero preveía dicha posibilidad a largo plazo. Paralelamente, tras el acuerdo de Onaindia y Bandrés con el ministro del Interior Juan José Rosón, una de las dos facciones en las que se había dividido ETApm, la de los «séptimos», se disolvió a cambio de la reincisión de sus militantes.

Los *euskadikos* obtuvieron un escaso rédito electoral de tales logros. En las generales de 1982 se conformaron con unas decepcionantes 92.000 papeletas (7,69% del total del País Vasco). Limitados por el auge del PSOE de Felipe González, los resultados de EE se estancaron. En 1985 Mario Onaindia renunció a la Secretaría General, siendo sustituido por Kepa Aulestia, quien mantuvo la retórica heterodoxa de su predecesor mientras impulsaba la modernización y profesionalización del partido. Gracias al cisma del PNV, la fortuna de EE dio un vuelco en las elecciones autonómicas de 1986: 124.000 votos (10,76%). Con el fin de constituir un Gobierno vasco transversal se entablaron negociaciones entre el PSE, EE y EA, *Eusko Alkartasuna* (Solidaridad Vasca), la escisión del PNV abanderada por Carlos Garaikoetxea. Sin embargo, las ambiciones, la intransigencia y los sectarismos hicieron imposible la entente progresista y el PSE terminó pactando con el PNV.⁹

Decepcionados por el fiasco, los líderes de EE se propusieron dejar de ser el «Pepito Grillo» de la política vasca. En su III Congreso (mayo de 1988) los *euskadikos* se marcaron el objetivo de formar un gabinete de coalición con el PNV, formación a la que hasta entonces se había intentado desplazar del poder. EE renunció a la «lucha de clases» y adoptó el «socialismo democrático». Ambos aspectos apuntaban en una dirección que se hizo visible en la clausura del Congreso, cuando Aulestia indicó que los *euskadikos* estaban «destinados a crecer, y en política

se crece a expensas de algún otro». Como bien sabían sus dirigentes, quienes se habían negado a aceptar la invitación al acto, ese «otro» era el PSE de Ramón Jáuregui.¹⁰

Con el fin de dar el *sorpasso* al PSE, los *euskadikos* se autoproclamaron los auténticos socialistas vascos, insistiendo en la autoctonía y autonomía de su formación mientras, recuperando un discurso al que EIA había renunciado durante la Transición, se acusaba a la de Jáuregui de ser una simple «sucursal» de «Madrid». Al mismo tiempo EE le daba un «sí inequívoco» la Constitución de 1978. El hito resultaba coherente con su evolución heterodoxa, pero el momento elegido daba a entender que una de las cosas que se pretendían era cortejar a la base sociológica del PSOE: la declaración se realizó unos días antes de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, jornada en la que se hicieron evidentes las tensiones entre el Gobierno de Felipe González y la UGT. Ahora bien, hay que tener en cuenta que si la apuesta socialdemócrata y constitucionalista de EE suponía una amenaza para el PSE, también ocurría lo mismo en sentido inverso, ya que los socialistas ansiaban expandirse a costa de los *euskadikos*. En las significativas palabras de Jáuregui, «EE debería plantar su arbolito en el jardín grande de la izquierda vasca, que es el PSOE». No obstante, únicamente captó a un puñado de militantes descontentos con Aulestia, entre los que cabe destacar a Eduardo Uriarte (*Teo*).¹¹

La tentativa de suplantar al PSE, en lo que ya habían fracasado otras fuerzas con anterioridad, fue contraproducente para EE, ya que desdibujó sus señas de identidad. Además, su Comité Ejecutivo ni siquiera fue coherente con tal estrategia. Mientras se ensayaba el *abertzalismo* constitucional, el partido dio un giro nacionalista al apoyar una coalición electoral con el PNV y EA (1989) y votar a favor del derecho de autodeterminación en el Parlamento vasco (1990). Su indisimulada ambición, sus bandazos ideológicos, su enfrentamiento con el PSE y su seguidismo del antaño aborrecido PNV confundieron al electorado de EE y sacaron a la luz las contra-

dicciones internas de la formación de Aulestia, en la que fueron perfilándose dos corrientes enfrentadas: Auñamendi, más *abertzale*, radicada en Guipúzcoa y que miraba hacia EA; y Renovación Democrática, respaldada por Onaindia y Bandrés, más socialista, fuerte en Vizcaya y Álava y que postulaba una alianza con el PSE.

En las elecciones autonómicas de 1990 EE, que se había presentado con el lema «Tu voto más útil», sufrió un batacazo: 79.000 sufragios (7,68%). Por más que los *euskadikos* habían conseguido que el PNV los incluyera en el nuevo Gobierno vasco, la pérdida de un tercio de sus apoyos deslegitimó el liderazgo de Aulestia, quien renunció a renovar su cargo. Se abrió una lucha por el poder, que se mezcló con las divergencias doctrinales entre las dos «almas» de la formación, la discusión sobre quién había de ser el tercer socio del gabinete de coalición (EA o el PSE), las tensiones territoriales y los desencuentros personales. En el IV Congreso de EE (1991) venció la ponencia de Renovación Democrática: el partido quedó definido como «izquierda nacional vasca», es decir, más vasquista que nacionalista, y apostó por un acercamiento estratégico al PSE. Jon Larrínaga fue nombrado secretario general.¹²

Dado que el PSE se inhibió, el PNV y EE integraron a EA en un Gobierno vasco con programa autonomista. Sin embargo, las mociones independentistas a escala municipal de la formación de Garaikoetxea provocaron que el *lehendakari* José Antonio Ardanza no tardara en sustituirla por el PSE. La crisis de los *euskadikos* entró en fase terminal: la corriente Auñamendi, contraria a la exclusión de EA, se escindió para formar un efímero partido denominado EE, *Euskal Ezkerra* (Izquierda Vasca). La EE de Larrínaga había sufrido una sangría de militantes y representantes institucionales (entre ellos una de sus dos diputadas y cinco de sus seis parlamentarios vascos), por lo que sus ingresos disminuyeron en igual proporción. Para mayor escarnio, su prestigio y su imagen, que tanto habían cautivado a la prensa y a la intelectualidad progresista del

resto de España, hacían agua. A decir de Pello Arrizabalaga, el secretario provincial de Vizcaya, había que «reconocer que «la EE romántica de nuestros sueños» se ha terminado». ¹³

El declive del PSOE y el giro vasquista del PSE

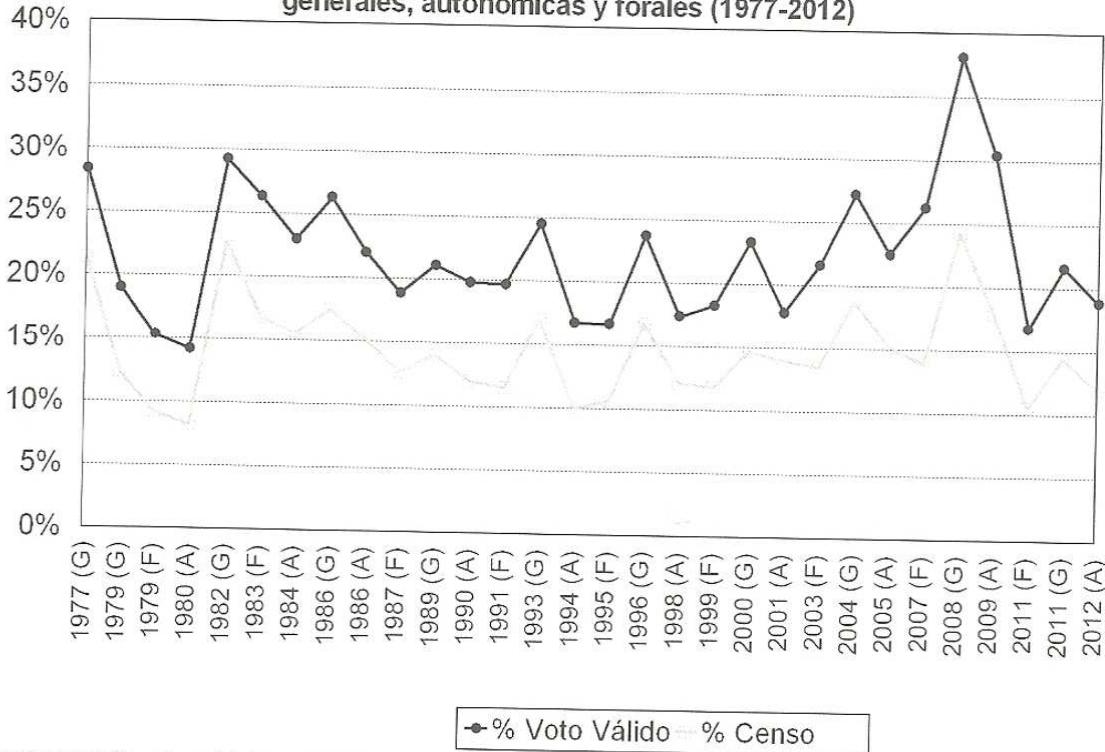
En el momento en que EE se desangraba en dos bloques irreconciliables el PSE tampoco pasaba por su mejor momento. Tanto por decisiones propias en el ámbito de la Comunidad Autónoma como por el debilitamiento del PSOE a nivel nacional, el declive electoral de los socialistas vascos era evidente. Como se puede ver en el Gráfico 1, desde el gran resultado (solo superado en 2008) de las elecciones generales de 1982, achacable al tirón de la candidatura de Felipe González, la bajada en votos fue continua durante la segunda mitad de los años 80 y principios de los 90. Debido a lo extraordinario de las cifras de 1982 la bajada era casi inevitable, pero en las elecciones generales de 1986 el PSE mantuvo el tipo e incluso se quedó a menos de 20.000 votos del PNV. Tres años después volvió a pisar los talones a los *jeltzales*, todavía muy afectados por el temprano y efímero éxito de su escisión, pero los síntomas de decadencia eran obvios: 55.000 papeletas menos que en las generales anteriores, lo que suponía una pérdida de 110.000 sufragios desde el pico de 1982. Este declive, que ya se había apuntado en las elecciones forales de 1987 (60.000 votos menos que en 1983), se confirmó tanto en las autonómicas de 1990, en las que el PSE perdió unos 50.000 votantes respecto a las de 1984 y 1986, como en las forales de 1991, las primeras en una década (desde las autonómicas de 1980) en las que los socialistas obtuvieron el apoyo de menos de 200.000 ciudadanos.

Así pues, al inicio de los años 90 el panorama para el PSE era de franca decadencia, fiel reflejo de lo que le ocurría a un PSOE que daba síntomas de agotamiento desde finales de los 80. Los comicios de 1982 supusieron un cambio en el sistema de partidos español, del pluralismo mo-

derado de la transición se pasó a un sistema de partido dominante en el que el PSOE ejerció una preponderancia sin contestación durante la década de los 80, puesto que el segundo partido español (AP) se situaba a una distancia inalcanzable.¹⁴ Sin embargo, en las elecciones de 1989 se pudieron ver los primeros síntomas del cambio a un sistema bipartidista imperfecto que tendría lugar cuatro años después. En primer lugar el PSOE perdió la mayoría absoluta de la que había gozado en las dos legislaturas anteriores, dejando en el camino cerca de un millón de votos desde 1986 y dos millones desde 1982. Por otro lado, se reducía la distancia con un renovado PP que ya unía bajo su seno a todo el centro-derecha a excepción del CDS, situándose ambas candidaturas a poco más de un millón de papeletas de los socialistas. Es cierto que este espacio no conseguía absorber votantes socialistas pero era cuestión de tiempo, como así ocurrió, que su nueva imagen más acorde con los tiempos y menos identificada con el pasado franquista, lo que se pudo visibilizar en el cambio de liderazgo (José María Aznar sustituyó a Manuel Fraga en vísperas de las elecciones), pudiera atraer a exelectores del PSOE que habían ido engrosando poco a poco las filas de la abstención. Por último, IU empezaba a tener cierto éxito en su intento de agrupar un bloque progresista a la izquierda del PSOE (casi un millón de votos más respecto a 1986), comenzando un trasvase de electores que tendría su cenit en las elecciones generales de 1996.

Por consiguiente, aunque venció con claridad, los resultados de 1989 eran para el PSOE un síntoma de que las cosas empezaban a torcerse, o que por lo menos en la década siguiente las victorias electorales no iban a ser tan sencillas como en los años 80. Y, efectivamente, tras mantener su ventaja en los comicios municipales y autonómicos de 1991 (aunque con alguna derrota significativa como el primer puesto en la Comunidad de Madrid y, sobre todo, la perdida del Ayuntamiento de la capital de España a manos de la mayoría absoluta del PP), en 1993 volvió a vencer en las elecciones generales. No

Gráfico 1: Evolución electoral de los socialistas en el País Vasco en elecciones generales, autonómicas y forales (1977-2012)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Gobierno Vasco (www.euskadi.net/elecciones).

obstante, ya era evidente que el PP, al que las encuestas daban como ganador, podía disputarle la victoria, la cual no tardaría en llegar en las Europeas de 1994, municipales y autonómicas de 1995 y, por supuesto, las elecciones generales de 1996, que supusieron, catorce años después, el desalojo de los socialistas de la Moncloa.

Podemos apuntar varias causas para explicar la rápida decadencia del PSOE. En primer lugar el enfrentamiento con los sindicatos tanto por la reconversión industrial como por el desarrollo de una política económica denostada como neoliberal, siendo el culmen de la oposición de éstos al Gobierno la huelga general del 14 de diciembre de 1988.¹⁵ Esto, en parte, significó una pérdida de peso del componente obrero o de los trabajadores en el electorado socialista y el desplazamiento del centro de gravedad a las *clases pasivas* (jubilados y amas de casa).¹⁶ También hay que tener en cuenta el desgaste intrínseco a cualquier Gobierno y, además, la propia división interna dentro del partido entre renovadores y guerristas, pulso que acabarían perdiendo los segundos.¹⁷ Finalmente, tuvieron también su in-

fluencia la crisis económica internacional que estalló en 1992 y los casos de corrupción que empezaron a aflorar al inicio de la década (Juan Guerra, Filesa...), que provocaron que en abril de 1992 un 85% de los españoles considerara que había mucha o bastante corrupción.¹⁸

En Euskadi, como hemos visto, el ocaso del PSE era similar al de su partido madre. Y es que hay que tener en cuenta que la historia electoral del socialismo vasco corre paralela a la de su homólogo español. Sus grandes éxitos (primeros ochenta, final de la primera década del siglo XXI) han coincidido con los mejores momentos del PSOE (años álgidos de González y primera legislatura de Rodríguez Zapatero), mientras que sus períodos más bajos también han sido los del socialismo a nivel nacional: años 90, sobre todo su segunda mitad, principios del siglo XXI y a partir de 2011. Además, el declive del PSE también tenía una explicación más local: su alianza gubernamental con el PNV había desdibujado en cierta forma su perfil político. Ya no era un partido de oposición, pero su carácter gubernamental estaba bastante diluido debido

a la preponderancia de la imagen pública de los *jeltzales* y, especialmente, del *lehendakari* José Antonio Ardanza.

Ante esta coyuntura, el PSE decidió dar un giro vasquista a su discurso para ampliar su espacio político a costa sobre todo de EE, y así amortiguar su pérdida de apoyos electorales.¹⁹ Ya en el V Congreso del PSE, en 1988, fue derrotada la candidatura de Ricardo García Damborenea, representante del sector más antinacionalista, que se oponía a la nueva colaboración de los socialistas con el PNV, sustituyendo Ramón Jáuregui a José María Benegas (*Txiki*) al frente de la Secretaría General. En dicho Congreso, el PSE declaraba su intención de superar cierta imagen antivasca que podía haber provocado su crítica al nacionalismo²⁰ y apostaba por un vasquismo integrador y no disgregador.²¹ Sin embargo, ese nuevo énfasis en el vasquismo no dejaba de ser una operación cosmética. En el fondo, el discurso socialista en lo tocante a todos los aspectos clave que componen la relación Euskadi-España (defensa del Estatuto y la autonomía, concepciones de Euskadi y España o su postura reacia a la autodeterminación) no tuvo ninguna variación en este periodo, manteniéndose en los congresos de 1988 y 1991 las líneas maestras de los congresos anteriores de 1982 y 1985, los cuales habían corregido la orientación cercana al nacionalismo de los de 1977 y 1979 (sobre todo del primero).²²

Pez grande, pez chico. Las negociaciones entre socialistas y euskadikos

Dudando de su viabilidad como fuerza independiente, los dirigentes de EE creyeron que la única manera de preservar su legado político era una fusión orgánica con el PSE. Con vistas a dicha eventualidad, diseñaron un ambicioso proyecto progresista, vasquista y autonomista, abierto al ámbito *euskaldun* y que contemplase el horizonte de desplazar del poder al hasta entonces hegemónico PNV. El PSE era la federación vasca del PSOE, pero la futura formación

había de establecer, desde su soberanía, un lazo meramente confederal con el socialismo español. El esquema se inspiraba en el modelo del *Partit dels Socialistes de Catalunya*. En palabras de Larrínaga, se trataba de «hacer del PSE un PSC vasco». Igualmente, se esperaba que se respetase la amplia democracia interna que había caracterizado a EIA y EE, y que tan poco frecuente era en la organización de los partidos españoles. El V Congreso de EE (1992) certificó el abandono del campo *abertzale* y la conveniencia de buscar «el terreno común del socialismo vasco». En este sentido, se aspiraba a construir con el PSE «una izquierda que asuma el hecho nacional en un sentido positivo, alejado lógicamente de toda carga de insolidaridad». Consistía en la defensa del autogobierno, una lectura común del Estatuto de Guernica, así como un compromiso con su desarrollo pleno, una «concepción constitucionalista de la construcción nacional», el avance en la euskaldunización (sin discriminaciones), la Escuela Pública Vasca, una cultura vasca plural, el rechazo al foralismo provincial, un acercamiento de Euskadi a Navarra y «exigir la presencia del socialismo vasco en los foros internacionales».²³

El propósito de los *euskadikos* coincidía en gran medida con el de Ramón Jáuregui, quien quería «hacer un socialismo vasquista, cubrir todo el flanco (...) de la izquierda autonomista en serio, hacer más autónomo al PSE, un poco al modelo del PSC». A la par deseaba «atraer el flanco sociológico del electorado de *Euskadiko Ezkerra*, un electorado ilustrado, urbano, autóctono, euskaldun, autonomista profundo, progresista y, en cierto modo, derivado de ese pacto, moldear un nuevo Partido Socialista». Empero, como él mismo reconoce, «el resto del PSE no reaccionó con la misma emoción». Aun cuando había discrepancias ideológicas de fondo (el antinacionalismo que caracterizaba al sector más tradicional y obrerista del socialismo vasco, que siempre se había sentido raíz y tronco del PSOE), aquella hostilidad también respondía al temor a perder su cuota en el reparto del poder interno, los militantes liberados y los cargos

institucionales. Pocos se planteaban construir una plataforma realmente nueva y mucho menos emular al PSC, cuya trayectoria histórica tenía poco que ver con la del socialismo vasco. Su intención era deshacerse de un molesto competidor, dar una capa de barniz *euskadiko* al viejo PSE para que pareciese más «*vasco*» y, como rememora Josu Montalbán, «fichar a líderes con gran predicamento como Bandrés, Onaindia, Lertxundi, Markiegi, etc.» para compensar «el handicap de que [el Partido Socialista] no tenía tantas personas preparadas que tuvieran en su currículum un pasado «*vasco*», nacionalista o *euskaldunes*». ²⁴

Las conversaciones entre *euskadikos* y socialistas, sancionadas por el PSOE, comenzaron a finales de 1991. El PSE partía de una posición de fuerza, mientras que los *euskadikos* estaban cada vez más debilitados. Por una parte, sufrían continuas bajas. Aunque oficialmente se anunció que la mayoría de la militancia de EE (1.565 de un total de 2.100) iba a unirse al PSE-EE, Xabier Garmendia calcula que dieron ese paso 600, mientras que los otros dos tercios «se fueron a casa». Larrínaga, refiriéndose sólo a los cuadros «*cualificados y preparados*», aventura que fueron cerca de 300. El Partido Socialista decía aportar 8.544 afiliados. Por otra parte, los *euskadikos* estaban desunidos, cansados y desmoralizados. Por último, EE adeudaba a los bancos 760 millones de pesetas, esto es, se encontraba al borde de la quiebra. El PSE aceptó hacerse cargo del enorme descubierto, pero tamaña «generosidad» no era gratuita. ²⁵

Las actas de las reuniones entre el PSE y EE demuestran que los puntos en los que se centró la discusión fueron la situación financiera de los *euskadikos*, el emblema y el nombre de la formación resultante de la fusión (se barajaron «PSV», «PS-EE» o «PSE-EE»), el alcance de su vasquismo, su relación con el PSOE, su grado de autonomía, sus lazos con el PSN, Partido Socialista de Navarra, el personal liberado y el reparto de poder interno. Si bien había unanimidad respecto a que Ramón Jáuregui había de ser el secretario gene-

ral de la nueva formación, no ocurría lo mismo con otros cargos. Los *euskadikos* habían reclamado que se designase miembro del Comité Federal del PSOE a uno de los suyos, que se les asegurase un tercio de la cúpula del PSE-EE, que la Vicesecretaría general correspondiese a Larrínaga y que la Presidencia fuera para Onaindia, quien simbolizaba la historia de EIA y EE. Sin embargo, a la hora de la verdad el PSE se aseguró 31 de los 40 miembros de la Comisión Ejecutiva del PSE-EE, la vicesecretaría general, que fue a parar a José Luis Marcos Merino, y la presidencia, que recayó en Txiki Benegas, entonces secretario de organización del PSOE. Larrínaga tuvo que conformarse con un puesto secundario, la Secretaría de asuntos económicos, y Onaindia con una inocua vicepresidencia.²⁶

Y es que, pese a su ingenuo optimismo preliminar, los representantes de EE no tuvieron más remedio que renunciar a parte de sus demandas. De no hacerlo se arriesgaban no solo a romper con el PSE, sino también a afrontar la autodisolución de su partido. La unión con los socialistas era lo único que garantizaba una vía, por muy exigua que fuera, de transmitir su herencia. Según Mario Onaindia, prescindir de la fusión «significaría tanto como negarnos a recoger el fruto de todo el trabajo político realizado a lo largo de nuestra existencia y echar por la borda esta oportunidad histórica irrepetible». Los *euskadikos* tuvieron que ceder tanto en la forma como en el fondo. Así, Mikel Unzalu admitía en un documento interno que «hemos evolucionado desde la posición inicial de muchos de que lo que hacíamos iba a tener la misma relación con el PSOE que el PSC, hasta unas posiciones mucho más realistas y a considerar que esto es la organización PSOE en Euskadi». Hubo una rebaja significativa en el contenido «nacional» de los textos. También se desdibujó su autonomía respecto al PSOE. Por añadidura, el PSN, orgánicamente independiente del PSE, se negó a involucrarse en el proceso y a establecer vínculos preferentes con la federación vasca. La EE de la comunidad foral desapareció y solo una mino-

ría de sus integrantes ingresó en el socialismo navarro. Al ir comprobando el cariz que estaba tomando la convergencia, cada vez más alejada de sus presupuestos iniciales, bastantes de los líderes y militantes de EE (como Xabier Markiegi o Roberto Lertxundi) se descolgaron de la misma. Otros, como Bandrés, la aceptaron a regañadientes, más por disciplina que por convicción.²⁷

El PSE-EE, ¿un nuevo viejo partido?

El proceso de unificación fue ratificado a principios de 1993 en el VI Congreso de EE y en una Asamblea Extraordinaria del PSE. El 27 de marzo de 1993, bajo la presidencia simbólica de Juan Mari Bandrés, se celebró el Congreso, aprobándose la convergencia de socialistas y euskadios por la práctica unanimidad de los delegados. Oficialmente había nacido el PSE-EE (PSOE), que se definía como «una organización de clase, democrática y de masas» con el doble objetivo de «transformar la sociedad para convertirla en más justa, libre, igualitaria e integrada» y «el autogobierno de los vascos en un marco de solidaridad y cooperación con los demás pueblos de España». El partido, que se estructuraba para «decidir su funcionamiento, objetivos y programas para la Comunidad Autónoma», se constituía «desde su propia capacidad de decisión» en la «organización territorial» del PSOE en Euskadi, lo que no era la fórmula confederal a la que aspiraban los euskadios, pero iba más allá de la que había empleado hasta entonces el PSE. Los cargos institucionales que hasta entonces habían pertenecido a EE se adscribieron al PSE-EE. Así, por ejemplo, la diputada Arantxa Mendizábal se integró en el Grupo Socialista del Congreso, lo que confirmó al PSOE la mayoría absoluta. Sin embargo, otros, como los concejales de Abanto y Ciérnava, Guernica o Deba, prefirieron permanecer como independientes y agotar su mandato.²⁸

Pese a que se había escenificado la unificación de dos partidos para formar uno nuevo, en realidad se trató de una absorción: el PSE había fagocitado a EE, tal y como en su momento ha-

bía hecho el PSOE con el PSP de Enrique Tierno Galván o con el PTE-UC de Santiago Carrillo. Los euskadios habían aportado unas cuantas ideas y algunas caras conocidas, sobre todo la de Onaindia, pero poco más. Para uno de ellos, José Manuel Ruiz (*el Rubio*), se trató de una «oportunidad perdida. El PSE-EE no se pareció nada a lo que quería EE». Desde luego, no se construyó un partido nuevo, al modo del PSC. Según Josu Montalbán, «el PSE-EE era el PSE. Todos sabíamos, sobre todo en el PSE, que no era una convergencia sino una integración de EE en el PSE». En palabras de la antigua militante de EIA y EE, Arantza Leturiondo, los socialistas depararon una «acogida malísima» a los euskadios, lo que supuso una «tremenda decepción» incluso para los que más fervientemente habían respaldado la fusión. En el PSE-EE se constató una falta de sintonía derivada de las diferencias de cultura política, las limitaciones de la democracia interna o la competencia por los «puestos». Así, quienes controlaban el aparato se cuidaron de que los «conversos» fueran postergados a la «cola» tanto en los órganos de decisión como en las listas electorales. A decir de distintos exmilitantes de EE, entre los más beligerantes con su presencia descollaron los hermanos Fernando y Enrique Múgica Herzog, José Luis Marcos Merino y Rosa Díez. Los euskadios, cansados y consternados tras el cisma y el hundimiento de su antiguo partido, no opusieron mucha resistencia. La estructura socialista (piramidal, rígida, burocratizada) tampoco les era propicia. Mikel Unzalu recibió una carta de un atribulado euskadiro que sintetiza perfectamente la impresión general: el PSE-EE «organizativamente es un partido bolchevique, con debilísima participación de la afiliación y con amplio descontento de ésta».²⁹

Aunque el PSE-EE supuso una clara continuidad con el antiguo PSE y las líneas maestras del discurso de la nueva formación se asemejaban mucho al anterior, también es cierto que los euskadios aportaron algunas ideas que profundizaron en el proyecto vasquista de los socialistas. Así, la idea de Euskadi y España era la misma

que se venía teniendo en las resoluciones congresuales anteriores: Euskadi era considerada una parte de España, con unos hechos diferenciales que los socialistas venían reconociendo al menos desde 1936. Sin embargo, en lugar de apelar a esencialismos históricos o argumentos de lazos culturales se apelaba sobre todo a las lealtades legales, muy en consonancia con la idea postnacionalista de la que el PSE-EE de aquella época formulaba como novedad. Es decir, a España se le daba un matiz más institucional y menos nacional: «El autonomismo implica una concepción federal del autogobierno comprometida en el constitucionalismo y una consolidación del mismo en dos marcos de referencia, que son el Estado Español y la Unión Europea». No sólo eso, sino que en el texto se aceptaban dentro del partido todo tipo de sentimientos nacionales, reconociendo que dentro de éste unos estaban «más identificados con Euskadi como nación y otros como nacionalidad» e incluso se hablaba del modelo de autogobierno como «un proyecto nacional».

Por otro lado, uno de los aspectos en los que se centró la discusión en las negociaciones entre EE y PSE fue la relación con el PSN. Así, tras tres congresos socialistas de mutismo absoluto en lo que respecta a la cuestión navarra, en el documento de fusión del PSE y EE se decía explícitamente que uno de los objetivos del nuevo partido eran «las relaciones preferentes con el PSN-PSOE con el fin de crear un marco estable de colaboración para los temas de interés común entre nuestras dos comunidades».³⁰ Finalmente, hay una defensa del desarrollo del euskera, por primera vez en diez años, en una resolución política de un congreso socialista:³¹ «ante la inhibición irresponsable respecto a la extensión del Euskera, defenderemos el entendimiento entre los más para consensuar actitudes inteligentes y flexibles en una política lingüística necesaria».³²

Grandes esperanzas. Elecciones generales de 1993

Tal y como desde la Transición venía haciendo la «izquierda abertzale» con EIA-EE,³³ el nacionalismo vasco moderado juzgó la convergencia entre socialistas y euskadikos como un delito de *lesa patria* y a estos últimos como auténticos traidores. Olvidando que en la etapa de Aulestia éstos habían tenido una relativamente buena relación con el PNV, para Xabier Arzalluz EE volvió a ser «partido que empezó a tiros, dio un viraje revolucionario, se hizo comunista y, ahora, parece que socialdemócrata». Señaló que ETA-pm había sido «una organización más ideologizada» y «más cruel» que ETAm, y que EIA-EE fue «su brazo político». En otro lugar les recriminó que carecían de legitimidad para criticar a ETA por haber militado en la banda. En opinión del presidente del PNV, los euskadikos que habían entrado en el PSE-EE lo habían hecho «no ya dejando pelos en la gatera, ni cambiando de piel, sino cambiando de alma». Según Arzalluz, la fusión de euskadikos y socialistas era un «abrazo español». Onaindia no habría evolucionado, sino que habría dado «un salto genético». Era una muestra de cómo, al menos en el plano dialógico, se estaban recuperando algunos aspectos de la xenofobia de Sabino Arana. En palabras de Arzalluz, «ha venido mucha gente de fuera. No creo que nos hayamos portado mal con ellos. Pero al ver las cosas que estamos viendo, parece, a veces, que los de fuera quieren ser los dueños de este pueblo». Alertaba del peligro de que «los de fuera, con el voto de fuera, sean los dueños de la casa. Y perdamos todo nuestro ser y nuestra esencia porque a algunos no les interesa en absoluto. Y menos aún si las cosas van así por medio de colaboración de algunos de aquí». Obviamente con «los de fuera» hacía referencia tanto a los inmigrantes como al PSE-EE. Los euskadikos, a quienes no podía negar ser «de aquí», ejercían el papel de «colaboracionistas».³⁴

Tal y como pronosticó Onaindia, el discurso de Arzalluz y otros líderes del PNV eran consecuencia directa de «la enorme frustración

MISCELÁNEA

que siente ante la perspectiva de perder su posición de partido mayoritario y hegemónico». Y es que el PSE-EE era la primera amenaza real a su predominio en el País Vasco desde las negociaciones entre el PSE, EA y EE de 1986. Esa era, desde luego, la pulsión que latía bajo la convergencia: plantear una alternativa de izquierdas viable. Había dos hombres dedicados a la tarea: Ramón Jáuregui y un entusiasmado Mario Onaindia, que por fin podía ver cumplido su sueño juvenil. Las ansias de cambio estaban detrás de la extraordinaria actividad que desplegaron. Como recogía un artículo de *El País* de 1994, su «esfuerzo» por «salir de los guetos de su margen izquierda, obreristas y antinacionalistas, y abrirse al mundo euskaldun es histórico». La piedra angular del proyecto era el posnacionalismo, tesis bosquejada por Jon Juaristi en 1987, a raíz de la obra de Jürgen Habermas: «en el nacionalismo se contienen las premisas básicas de su disolución. El nacionalismo engendra sus propios sepultureros». Se trataba, a decir de Jáuregui, de una coyuntura «en la que el hecho nacional/diferencial vasco ha sido virtualmente asumido, y las principales reivindicaciones históricas que desde él se planteaban, satisfechas», lo que podría conllevar «la superación del nacionalismo político e ideológico». La fuerza de la idea era tal que el propio Arzalluz ha reconocido posteriormente que el posnacionalismo «estaba bien planteado, de tal forma que pensé que estos [Jáuregui y Onaindia] podían hacer daño al nacionalismo con esa teoría».³⁵

La primera contienda electoral a la que concurrió el nuevo partido fueron las elecciones generales de 1993. Fueron unos comicios atípicos, ya que el resultado fue contrario al que auguraban la gran mayoría de encuestas, que daban por hecha la victoria del PP o, al menos, un empate.³⁶ Sin embargo, el PSOE consiguió remontar en campaña electoral gracias a aquellos que no tenían intención de votarle en un principio, pero que finalmente lo hicieron por cercanía ideológica y por su buena valoración de Felipe González.³⁷ De esta movilización de

última hora también se benefició el PSE-EE, partido que, como ya hemos dicho, suele subir y bajar en paralelo a su homólogo nacional. No obstante, en esta ocasión había dos datos a tener muy en cuenta. En primer lugar, el PSE-EE se situaba al nivel de las generales de 1986, un año en el que el PSOE había ganado con creces, en tanto que en 1993 lo hacía por muy poco e *in extremis*. El PSE-EE obtenía en Euskadi tres puntos porcentuales más de voto, mientras que el PSOE perdía uno en el conjunto de España. El País Vasco era, de hecho, significativamente junto con Navarra, la comunidad autónoma donde más se incrementaba el voto socialista. Es decir, que en el resultado de 1993 (en comparación con otras elecciones generales anteriores) había influido menos la imagen nacional del PSOE y más los méritos propios a nivel autonómico. En segundo lugar, se había dado un hecho insólito en la historia electoral del País Vasco: por primera vez el PSE superaba en número de sufragios (6.000) al PNV, partido que había ganado (en votos) todas las elecciones celebradas en Euskadi desde la Transición.

Este espectacular resultado (casi 300.000 votos y victorias en Álava y Guipúzcoa) tenía, como enseguida veremos, una explicación: no solo se debía a una especial movilización de su electorado tradicional ante una posible victoria del PP, sino que había un aporte sustancial de antiguos votantes de *Euskadiko Ezkerra*. Es decir, el gran objetivo de la fusión empezaba a tomar cuerpo: con el socialismo vasco unido bajo una sola sigla era posible disputarle la hegemonía al PNV y, como se había demostrado a la primera, superarle electoralmente. Un *lehendakari* socialista ya no era una utopía.

El naufragio. Elecciones europeas y autonómicas de 1994

Los resultados electorales de 1993 habían respaldado la fusión del PSE y EE, por lo que el congreso celebrado unos meses después (abril de 1994) recogió básicamente las mismas ideas

el anterior. De hecho, algunos párrafos están literalmente copiados del documento precedente.³⁸ Es decir, de nuevo se planteaba un punto de vista vasquista de las relaciones entre Euskadi y España y una visión de esta última poco esencialista y más institucional, con la misma apelación a los marcos de referencia: Estado Español y Unión Europea. La única pequeña diferencia radica en que si en 1993, al igual que en 1991, se había apostado por un Estado Autonómico similar a los estados federales, en 1994 se dio un pequeño salto para defender una construcción territorial «semejante a un Estado Federal asimétrico».³⁹ Sin embargo, las divergencias eran mínimas y la resolución de 1994 era la ampliación, con las mismas tesis de fondo, de 1993.

La victoria socialista en los comicios de 1993 en Euskadi ilusionó a la dirección del PSE-EE, la cual, atribuyendo parte del mérito al «éxito político evidente» de la convergencia, creyó llegado el momento de la alternancia en la *Lehendakaritza*. Ramón Jáuregui, optimista, rechazó una cartera ministerial en el nuevo Gobierno de Felipe González. «Quería ganar las elecciones en Euskadi», recuerda.⁴⁰

Para su desgracia, la unificación se había hecho en una coyuntura poco propicia. Las generales de 1993 fueron el canto del cisne de un PSOE dividido entre guerristas y renovadores y desprestigiado por la crisis económica y los continuos escándalos que salían a la luz pública: las escuchas del CESID, los casos de Juan Gómez, Filesa, Ibercorp o Luis Roldán, la implicación de altos cargos del Ministerio del Interior en los GAL, etc. En Euskadi, además, estalló el caso *sakidetza*, una trama de falseamiento en las cotizaciones del servicio vasco de salud en la que se encontraban involucrados socialistas y sindicalistas de la UGT. Todo este descrédito iba a pasarle factura al PSOE y, por ende, al PSE-EE.⁴¹

El socialismo empezó a pagar la cuenta en las elecciones europeas de junio de 1994, en las que el PSE-EE experimentó cierto frenazo, aunque el resultado no parecía decisivo, por lo que no cundió el desánimo. Por un lado, mientras

el PP había superado a un menguante PSOE en el conjunto de España (una humillación para el partido en el gobierno), en Euskadi el PSE-EE, pese a la altísima abstención (47,72%), cosechaba un porcentaje de apoyos similar al de 1989 (18,26%). Por otro lado, algunas de las encuestas preelectorales seguían dando como virtuales ganadores de las autonómicas a los socialistas vascos. Tal perspectiva angustiaba a Xabier Arzalluz, a quien Ardanza había anunciado que no iba a volver a presentarse como candidato a *lehendakari*. En palabras del presidente del PNV, «pensé entonces que si ahora resulta que este se va, a quién ponemos justo en medio de esta campaña tan inteligente [la del postnacionalismo]. Entonces consideré que tenía que seguir y se lo dije». Ardanza accedió a continuar, «porque no queda más remedio».⁴²

El miedo a la pérdida de la *Lehendakaritza* también explica la dura hostilidad del PNV hacia el PSE-EE durante la campaña electoral. Juan María Atutxa previno de «la avalancha de carteristas que ha comenzado a llegar de Madrid para atracarnos (...) intentando arramplar con lo de aquí para llevarlo allí». En un tono similar, Arzalluz le espetó a Jáuregui: «Usted, políticamente, no es de aquí. Si llegara a *lehendakari* gobernaría por fax, sería un segundo delegado del Gobierno en Euskadi». Unos días después, el presidente del PNV declaró que los socialistas «son mucho más invasivamente y excluyentemente nacionalistas que nosotros».⁴³

Desde luego, no lo eran ni el programa ni el discurso con los que se presentó el PSE-EE durante la campaña, que pueden definirse como netamente vasquistas. Se reclamaba completar el Estatuto de Guernica con el traspaso de las competencias pendientes, la reforma del Senado, el desarrollo de «fórmulas de participación de las comunidades autónomas en la Unión Europea en los temas que les afecten» y «el fortalecimiento de una nueva conciencia de país basada en la integración territorial, cultural y lingüística desde la diversidad».⁴⁴

El PSE-EE pretendía dar una imagen de victo-

ria: podía superar al PNV y llevar a la *Lehendakaritz*a a Ramón Jáuregui, al que en la propaganda electoral, no sin cierto triunfalismo, denominaban «el relevo». En ello sin duda influía la confianza de los socialistas en poder atraer, al igual que el año anterior, buena parte del voto que en anteriores ocasiones había ido a parar a EE. Sin embargo, no sólo no captó al antiguo electorado de *Euskadiko Ezkerra*, sino que ni siquiera logró mantener su resultado de 1990. Si aquel año el PSE obtuvo el 19,8% del voto (16 escaños) y EE el 7,7% (6), en 1994 el PSE-EE se quedó en el 16,8% y 12 parlamentarios. Era un fracaso, como el propio Jáuregui reconocía en la noche electoral, tanto por la bajada objetiva como también, y sobre todo, por las expectativas que se habían creado en torno al «relevo».⁴⁵

1993 había sido un espejismo, y en 1994 los socialistas volvieron a la realidad del declive continuo que se venía produciendo desde 1982. La crisis se había agudizado, se había reabierto el sumario de los GAL y los casos de corrupción no paraban de crecer, por lo que la imagen del PSOE a nivel nacional no sólo no aportaba un plus, sino que perjudicaba el perfil del nuevo partido. Además, en 1994 tampoco existía la posibilidad de una victoria del PP, lo que pudo desmovilizar a algunos votantes socialistas tradicionales. Y finalmente, y en esto último nos centraremos, la aportación de los antiguos votantes de EE, clave para la inédita victoria de 1993, había dejado de existir.

Para tratar de demostrar nuestra hipótesis, es decir, que en 1993 hubo un importante contingente de exvotantes de EE que se decantaron por el PSE-EE, mientras que en 1994 el aporte fue mínimo o nulo, contamos con datos, que presentamos en las tablas 1 y 2, de dos diferentes encuestas: el CIS y el Euskobarómetro.⁴⁶ Los resultados de la Tabla 1 hay que tomarlos con cautela, porque el número de casos de votantes de EE en 1990 es muy pequeño en ambos estudios. Sin embargo, lo importante es que (dentro del amplio margen de error consecuencia de unas N tan pequeñas), ambos estudios apuntan

en la misma dirección: importante trasvase de antiguos votantes de EE al PSE-EE en 1993 y reducción significativa de éstos en las autonómicas de 1994. Es decir, que parte de la subida del PSE-EE en 1993 se debió a la aportación de exvotantes de la extinta *Euskadiko Ezkerra*, y no exclusivamente a otros factores que también influyeron, como la incertidumbre del resultado electoral o una extraordinaria movilización del electorado socialista consecuencia del miedo a una posible victoria de los populares. La Tabla 2 sugiere una interpretación similar: trasvase de voto euskadiko en 1993 y bajada de éste (o desaparición) en 1994. Podemos ver cómo en los comicios en los que se presentan por separado EE y PSE, sus electorados mantienen perfiles muy diferentes: mucho más inclinados hacia el polo vasco los primeros y hacia el español los segundos. Así, mientras la gran mayoría de votantes de EE se declaraban «solo vascos» o «más vascos que españoles», eran una minoría de los del PSE quienes lo hacían. La misma diferencia se aprecia en aquellos que se declaraban nacionalistas (21 puntos más en los votantes de EE) y en la ubicación media en la escala nacionalismo vasco-españolismo (más inclinada hacia el nacionalismo en el caso de los votantes *euskadiros*). Tras la fusión deberíamos esperar un movimiento hacia el vasquismo en los votantes del PSE-EE en 1993 y un retorno a las posiciones anteriores del PSE en 1994. Y eso es precisamente lo que ocurre: comparadas con las elecciones anteriores y posteriores las generales de 1993 fueron los comicios en los que más votantes socialistas se declaraban nacionalistas vascos (18%), menos españolistas se ubicaban en la escala nacionalismo-españolismo (5,2) y que más se sentían «solo vascos» o «más vascos que españoles» (27%). Efectivamente, se puede apreciar cómo el electorado socialista de 1993 es distinto en relación a todos los demás, cuya homogeneidad, por otro lado, es bastante patente.

Así pues, podemos decir que el proyecto de unir bajo una misma sigla a todos los votantes vascos de izquierda moderada fuera cual fuera

TABLA 1. Destino de los votantes de EE en las elecciones autonómicas de 1990; en las generales y autonómicas de 1993 y 1994

		Generales 93	Autonómicas 94
CIS	Abstención	23%	18%
	PSE-EE	27%	5%
	Nacionalistas	18%	32%
	IU-EB	27%	45%
	Otras respuestas	5%	--
	N	22	22
Euskobarómetro	Abstención	13%	29%
	PSE-EE	36%	29%
	Nacionalistas	17%	12%
	IU-EB	17%	29%
	Otras respuestas	17%	--
	N	53	51

Fuente: CIS estudio 2.120 y Euskobarómetro 1995/1

TABLA 2. Caracterización identitaria de los votantes del PSE, EE y PSE-EE en diversas elecciones.

		Gen. 86	Aut. 86	Aut. 90	Gen. 93	Aut. 94	Gen 96	Aut. 98
Vasquistas	PSE	10%	8%	19%	27%	20%	16%	16%
	EE	69%	65%	56%	--	--	--	--
Nacionalistas	PSE	--	--	16%	18%	14%	9%	10%
	EE	--	--	37%	--	--	--	--
Escala Nac.-Españolismo	PSE	--	--	5,6	5,2	5,7	6,0	5,8
	EE	--	--	4,4	--	--	--	--
N	PSE	370	293	119	162	114	156	137
	EE	224	235	52	--	--	--	--

Nota: «Vasquistas» se refiere a aquellos que contestan que se sienten «solo vascos» o «más vascos que españoles». Nacionalistas son aquellos que responden «sí» a la pregunta de si son nacionalistas vascos. La escala nacionalismo-españolismo comprende desde el 1 (máximo nacionalismo vasco) al 10 (máximo españolismo).

Fuente: Para 1986, CIS estudio 2.120; para el resto de años base de datos del Euskobarómetro: 1995/1 (1990, 1993 y 1994), 1997 (1996) y 1990/1 (1998).

su identidad nacional, que se había apuntado como posible en las elecciones generales de 1993, derivó en fracaso tanto en 1994 como en las siguientes elecciones. El electorado del nuevo partido (PSE-EE) continuó siendo el mismo que el del antiguo PSE-PSOE.

El entierro del proyecto vasquista

A excepción del paréntesis que supuso 1993, el nuevo partido no fue electoralmente sino una mera continuación del anterior. Esto tuvo su co-

rrelato en el cambio de discurso que se produjo en el siguiente congreso, en el que Nicolás Redondo sustituyó a Ramón Jáuregui al frente de la Secretaría General. Efectivamente, como si el periodo tras la fusión hubiera significado un pequeño paréntesis en la historia del socialismo vasco, en 1997 el PSE-EE desechó las escasas aportaciones que los euskadikos habían hecho al discurso oficial de la formación, volviendo éste por sus antiguos derroteros. Así, por ejemplo, en comparación con los dos congresos anteriores, el encaje de Euskadi en España ya no se

veía como algo «legal» sino que se retornaba a argumentos más o menos esencialistas. Así, se apuntaba «la necesidad de España como realidad política, social y cultural que enriquece a los ciudadanos vascos» y se rechazaba la independencia «porque supondría negar políticamente España y, con ello, lo que de común tenemos con el resto de españoles, que es también parte de lo vasco». La cuestión navarra, que había supuesto una importante novedad tras la unificación con EE, volvía a ignorarse y ni siquiera se mantuvo la tibia referencia a la mejora de relaciones con el PSN-PSOE de los dos congresos anteriores. Finalmente, también desaparecieron las vagas invocaciones al federalismo de las resoluciones congresuales de 1993 y 1994.⁴⁷

Se enterraba el énfasis en el vasquismo, y a partir de entonces se iba a cambiar totalmente la práctica política de concertación con el nacionalismo democrático (especialmente los *jeltzales*) que se había venido desarrollando desde 1985, principalmente por la falta de acuerdo en la cuestión del terrorismo. Ya en 1995 el PNV había iniciado una aproximación a una vía diferente de pacificación en la que se planteaba un «diálogo sin límites» para la solución «del conflicto». Eso, unido a la promesa del PP en campaña electoral de una reforma legislativa que garantizase el cumplimiento íntegro de las penas para los miembros de la banda terrorista, fue introduciendo tensiones no sólo en el Gobierno vasco, sino también en la mesa de Ajuria Enea. A partir de 1998 la crisis fue *in crescendo* con el rechazo del PP y PSE-EE al Plan Ardanza, lo que, unido a la radicalización del PNV, significó el final de Ajuria Enea y el comienzo de las coincidencias en las votaciones en el Parlamento vasco entre los miembros del gobierno PNV y EA con IU y, sobre todo, con HB. La Ley del Deporte, que preveía la posibilidad de presentar selecciones vascas en competiciones internacionales, fue la primera que los socialistas vascos pidieron devolver al gobierno. También se produjeron fricciones por el inicio de conversaciones entre el PNV y ETA (contradicien-

do así la letra y el espíritu de la unidad de los demócratas contra el terrorismo) y porque nacionalistas e IU comenzaron a votar juntos en una cuestión tan espinosa como el acercamiento a Euskadi de los presos de la banda. La ruptura definitiva del Gobierno vasco vino cuando el PSE-EE exigió, en la reforma del reglamento de la cámara, que los parlamentarios jurasen o prometiesen acatar la Constitución española y el Estatuto. Ante la negativa de sus socios el PSE-EE decidió abandonar el ejecutivo en junio de 1998.⁴⁸ El colofón a este abrupto final fue el pacto de Lizarra o Estella (12 de septiembre de ese mismo año), firmado por PNV, EA, HB, IU y diversas organizaciones y sindicatos de la órbita nacionalista, que se completó con el comunicado de ETA cuatro días después. En éste los terroristas exigían la superación de las instituciones autonómicas y la quiebra de acuerdos con los partidos no nacionalistas, iniciándose de manera definitiva la ruptura entre *abertzales* (e IU) y no nacionalistas, lo que llevaría a una la política de enfrentamiento entre ambos espectros políticos que alcanzó su cenit tras la ruptura de la tregua de ETA y hasta las elecciones autonómicas de 2001.⁴⁹

Conclusión

A principios de los años noventa los desmoralizados líderes de EE dejaron de creer en la viabilidad de su partido. La solución, pensaron, era acercarse a otra fuerza con más posibilidades. Los más nacionalistas se aliaron con EA mientras los más socialistas se decantaron por el PSE. En ambos casos perdieron su apuesta ya que, lejos de suponer una tabla de salvación, aquella estrategia fue el entierro del legado de EE. Su espíritu heterodoxo le había convertido en una *rara avis* de problemático encaje en las estructuras verticales y jerarquizadas de la política tradicional. Sencillamente los *euskadikos* no encajaban en el PSE-EE. No lo hacían sus ideas, percibidas como demasiado *abertzales* por los socialistas, pero tampoco su manera de funcionar, demasiado

nárquica y horizontal. Pero lo cierto es que la mayoría de los líderes del PSE, con la notable excepción de Ramón Jáuregui, nunca tuvieron intención de construir junto a ellos un nuevo partido de corte vasquista al estilo del PSC catalán, que casaba mal con su historia y con el soberanismo tradicional de un importante sector. La intención de los socialistas, con una óptica generalmente instrumental, era deshacerse de un adversario y aprovecharse electoralmente de la imagen de EE. Poco más. Y así fue: el nuevo PSE-EE no era más que el viejo PSE con unas siglas más largas.

El gran objetivo de la fusión entre EE y el PSE era construir un partido que fuera la referencia de todos los votantes de izquierda modernizada en el País Vasco, con independencia de su adscripción identitaria. Es decir, si en la nueva formación habían empezado a convivir nacionalistas y no nacionalistas era posible que esa pluralidad se trasladase al electorado del renovado PSE-EE para de esa manera ser capaz de competir electoralmente con el PNV. Sin embargo el proyecto fue un fracaso. Si bien en las elecciones generales de 1993 el electorado del PSE-EE se asemejó en cierto modo al propósito inicial, con un importante contingente de voto vasquista y/o *abertzale* proveniente de EE, los siguientes comicios demostraron que aquello no había sido más que un espejismo y que el PSE-EE era la continuación electoral del antiguo PSE, es decir, una fuerza política que captaba sus votantes fundamentalmente del espectro no *abertzale* de la sociedad vasca. Un espacio por otro lado plural y del cual los socialistas captaban tanto voto vasquista como españolista.

NOTAS

¹ Este artículo tiene su origen en un *paper* presentado al Seminario de investigación del CIHDE de la UNED (Madrid, 26 de noviembre de 2013), en el que participaron algunos colegas cuyos valiosos comentarios y observaciones agradecemos desde aquí. También tenemos que hacer lo propio con José Luis de la Granja, Raúl López Romo y Virginia Gallego, quienes revisaron el texto original.

- ² PABLO, Santiago de, «La Transición en el País Vasco», *Historia del Presente*, 19 (2012), p. 7.
- ³ MICCICHÉ, Andrea, *Euskadi socialista. El PSE-PSOE y la Transición en el País Vasco (1976-1980)*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009. AROCA MOHEDANO, Manuela, *El sindicalismo socialista en Euskadi (1947-1985): De la militancia clandestina a la reconversión industrial*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013. LÓPEZ ROMO, Raúl, LOSADA URIGÜEN, María y CARNICERO HERREROS, Carlos, *Rojo esperanza. Los socialistas vascos contra el franquismo*, Vitoria, Ikusager, 2013.
- ⁴ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, Madrid, Tecnos, 2013. LEONISIO, Rafael, *Discurso político de los socialistas vascos: un análisis cuantitativo y cualitativo (1977-2011)*, Bilbao, UPV-EHU, 2013. Pendiente de publicación.
- ⁵ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka y LÓPEZ ROMO, Raúl, *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 74-166.
- ⁶ Sobre su evolución ideológica MOLINA, Fernando, *Mario Onaindia (1948-2003). Biografía patria*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
- ⁷ El concepto de nacionalismo vasco heterodoxo es de José Luis de la Granja. Una visión general en GRANJA SAINZ, José Luis de la, y FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, «La evolución de los nacionalismos heterodoxos en el País Vasco», *Alcores* 13 (2012), pp. 165-186.
- ⁸ Consideramos «vasquistas» a aquellas personas o colectivos que asumen el proyecto de una Euskadi autónoma dentro de una España democrática y manifiestan una identidad territorial dual, esto es, vasca y española a la vez, considerando compatibles ambos sentimientos de pertenencia, el uso del euskera y del castellano, la cultura escrita en ambas lenguas, etc. Una interesante reflexión sobre este concepto en PÉREZ, José Antonio y LÓPEZ ROMO, Raúl, «La memoria histórica del franquismo y la transición: un eterno presente», en MOLINA, Fernando y PÉREZ, José Antonio (eds.), *El peso de la identidad: mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons, 2014, en preparación.
- ⁹ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *Héroes, heterodoxos...*, op. cit., pp. 264-323.
- ¹⁰ «Programa de EE aprobado en su III Congreso», 1988, Archivo de la Mario Onaindia Fundazioa (AMOF). *El Correo*, 30-V-1988.
- ¹¹ *El País*, 25-X-1990.
- ¹² Hemendik, I-1992. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *Héroes, heterodoxos...*, op. cit., pp. 343-380.
- ¹³ «Circular n.º 3 del Herrialdeburu», 14-I-1993, *Lazkaoko Beneditarren Fundazioa*, carpeta EE 13, 7.
- ¹⁴ LLERA, Francisco José, «La política en España: elecciones y partidos políticos», en DEL CAMPO, Salustiano y TEZANOS, José Félix (eds.), *España, una sociedad en cambio*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, p. 241.
- ¹⁵ MARÍN, José María, MOLINERO, Carmen, e YSÁS, Pere, *Historia Política, 1939-2000*, Madrid, Istmo, 2001, pp. 400-415.

- ¹⁶ GONZÁLEZ, Juan Jesús, «Clases, ciudadanos y clases de ciudadanos», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 74 (1996), p. 57.
- ¹⁷ MARÍN, José María et al., *Historia Política...*, p. 436.
- ¹⁸ Ibíd., p. 431.
- ¹⁹ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *Héroes, heterodoxos...*, op. cit., p. 347.
- ²⁰ Tampoco hay que olvidar que era el momento de los GAL, lo que también pudo hacer daño a su imagen vasquista, al relacionar el partido con un antiterrorismo criminal.
- ²¹ EGUILUREN, Jesús, *El socialismo y la izquierda vasca, 1886-1994*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993, p. 134.
- ²² LEONISIO, Rafael, «La autonomía como proyecto. Relación Euskadi-España en los congresos del Partido Socialista de Euskadi (1977-2009)», *Sancho el Sabio* 36 (2013), pp. 153-155.
- ²³ Entrevista a Jon Larrínaga, Bilbao, 16-X-2008. *Hemendik*, I y V-1992, *El Correo*, 18-X-1992, *El Socialista*, V-1993, y *El Mundo*, 5-IV-2003.
- ²⁴ PAGAZAURTUNDUA, Maite, *Los Pagaza. Historia de una familia vasca*, Madrid, Temas de Hoy, 2004, pp. 115-116. Entrevistas a Ramón Jáuregui, Madrid, 3-XI-2008, y a Josu Montalbán, Bilbao, 19-VI-2008.
- ²⁵ Entrevistas a Ramón Jáuregui y Jon Larrínaga, cit. Entrevista a Xabier Garmendia, Portugalete, 20-VII-2009. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *Héroes, heterodoxos...*, op. cit., pp. 386-395.
- ²⁶ Entrevistas a Ramón Jáuregui y Jon Larrínaga, cit. Entrevista a José Manuel Ruiz, Bilbao, 8-VII-2008. Las actas en AMOF.
- ²⁷ *El Diario Vasco*, 25-V-1992, y *El País*, 18-VII-1992. Mikel Unzalu, «Reflexiones sobre la situación de las negociaciones EE-PSE», 3-XII-1992, AMOF.
- ²⁸ *El Diario Vasco*, 24 y 26-III-1993, *El Mundo*, 27-III-1993, *El Correo*, 27-III-1993, y *El País*, 31-III-1993.
- ²⁹ Entrevistas a Josu Montalbán, José Manuel Ruiz, Jon Larrínaga y Mikel Unzalu, cit. Entrevista a Arantza Leturiondo, Bilbao, 8 de febrero de 2009. «Carta de un militante socialista (ex-EE) a Mikel Unzalu», 15-IV-1993, AMOF.
- ³⁰ PSE-EE: «Resolución Congreso Extraordinario PSE-PSOE para la fusión del PSE-PSOE y EE en el Congreso de Unidad del 27 de marzo de 1993», 1993, AP.
- ³¹ Lo había hecho en dos ocasiones, concretamente en los congresos de 1977 («El Partido Socialista de Euskadi, PSOE, se ha comprometido a incluir en su programa electoral en Álava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya, el compromiso formal de que Los Diputados y Senadores del Partido que resulten elegidos en los próximos comicios: 8.- Impulsarán... y especialmente el establecimiento de la cooficialidad del euskera») y 1982 («El Partido Socialista de Euskadi, de acuerdo con lo establecido en el Estatuto de Autonomía contribuir al desarrollo de la cooficialidad del castellano y del euskera en la Comunidad Autónoma. Asimismo, contribuir al desarrollo del euskera inspirando su acción en las bases desarrolladas por las resoluciones del Congreso en la ponencia de Educación y Cultura»). BENEGAS, José María y Valentín DÍAZ: *Partido Socialista de Euskadi, PSOE*, San Sebastián, Haramburu, 1977 y «El compromiso socialista. Resoluciones del III Congreso ordinario del Partido Socialista de Euskadi-PSOE», 1982, Archivo Personal (AP).
- ³² PSE-EE: «Resolución Congreso Extraordinario PSE-PSOE para la fusión del PSE-PSOE y EE en el Congreso de Unidad del 27 de marzo de 1993», 1993, AP.
- ³³ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, «El precio de pasarse al enemigo. ETA, el nacionalismo vasco radical y la figura del traidor», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, en preparación.
- ³⁴ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *Héroes, heterodoxos...*, op. cit., pp. 401-104. *Deia*, 9-XI-1992, 10 y 13-I-1993, *El Diario Vasco*, 29-I-1993, *El País*, 30-I-1993, y *Alderdi*, 30-III-1993.
- ³⁵ *El Socialista*, I-1993, y *El País*, 10-X-1994. JÁUREGUI, Ramón, *El país que yo quiero. Memoria y ambición de Euskadi*, Barcelona, Planeta, 1994, pp. 309 y 314. JUARISTI, Jon, «Postnacionalismo», en ARANZADI, Juan, JUARISTI, Jon y UNZUETA, José Luis, *Auto de terminación. (Raza, nación y violencia en el País Vasco)*, Madrid, El País Aguilar, 1994, pp. 97-113. IGLESIAS, María Antonia, *Memoria de Euskadi*, Madrid, Aguilar, 2009, p. 1140.
- ³⁶ CASTRO, Carles, *Relato electoral de España (1977-2007)*, Barcelona, ICPS, 2008, pp. 155-156.
- ³⁷ BARREIRO, Belén y SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio, «Análisis del cambio de voto hacia el PSOE en las elecciones de 1993», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 82 (1998), pp. 191-211.
- ³⁸ LEONISIO, Rafael, «La autonomía como proyecto... », p. 157.
- ³⁹ PSE-EE: «Euskadi, el país que queremos. Resoluciones del II Congreso del PSE-EE-PSOE», 1994, AP.
- ⁴⁰ Entrevista a Ramón Jáuregui, cit. «Informe político y de gestión del 2 Congreso del PSE-EE», IV-1994, AMOF.
- ⁴¹ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka, *Héroes, heterodoxos...*, op. cit., pp. 408-412.
- ⁴² IGLESIAS, María Antonia, *Memoria de...*, op. cit., pp. 283, 368-369 y 1139-1140. ARDANZA, José Antonio, *Pasión por Euskadi*, Barcelona, Destino, 2011, pp. 437-442 y 513-516.
- ⁴³ *El Correo*, 10 y 14-X-1994, y *Deia*, 17-X-1994.
- ⁴⁴ «Programa electoral del PSE-EE», 1994, AMOF.
- ⁴⁵ *El Mundo*, 24-X-1994.
- ⁴⁶ CIS, estudio n.º 2.120, postelectoral del País Vasco 1994. Euskobarómetro 1995/1.
- ⁴⁷ LEONISIO, Rafael, «La autonomía como proyecto... », op. cit., pp. 159-160.
- ⁴⁸ Para una visión más completa del acercamiento entre el nacionalismo institucional y la «izquierda abertzale» en aquellos meses ver DOMÍNGUEZ, Florencio, «El enfrentamiento de ETA con la democracia», en ELORZA, Antonio, (coord.), *La Historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 409-412 o MORÁN, Sagario, *PNV-ETA: Historia de una relación imposible*, Madrid, Tecnos, 2004, pp. 107-150.
- ⁴⁹ LLERA, Francisco José et al., «Cambio de ciclo en las elecciones vascas de 2009», *Cuadernos de Alzate* 40 (2009), pp. 104-105.